

Amor, aun á tí mismo
 Es preciso te deje;
 No obstante que resistas
 Mucho mas que los otros prepotente.

La Duquesa creyó debía dar á Benserade una prueba de su sincera amistad. Al dia siguiente de su partida fué á Gentilly, á casa de Benserade, diciéndole, que iba á estarse allí seis semanas con él: insistió en esta resolucion, á pesar de todas las reflexiones de Benserade, quien le detalló todo lo que debía temer estando largo tiempo separada de la córte. La Duquesa vió en casa de Benserade una muger interesante, de quien él le habia hablado constantemente, sin objeto, pero con admiracion. Madama de estaba establecida en Gentilly con su familia, en una casa vecina á la de Benserade. A pesar de que tenia cuarenta y cinco años, era de una belleza admirable, y, sobre todo, muy notable por su talento, por una amable y picante alegría, y por el encanto de su sociedad. La Duquesa y madama de hicieron una tierna amistad. La Duquesa sabia que Benserade habia estado sumamente apasionado de madama ésta habia preferido á

un hombre menos joven, mucho menos amable, y que no tenia ni la fortuna, ni el nacimiento de Benserade. Un dia que ella le preguntaba sobre esto; madama de para satisfacer enteramente su curiosidad, se empeñó en contarle en pocas palabras su historia, lo que hizo en estos términos.

„Yo nací en una provincia, á pocas leguas de Orleans: mis padres tenian una fortuna considerable, que se halló quasi enteramente disipada á la muerte de mi padre. Las inmensas deudas, los acreedores ambiciosos y enredistas, produjeron tal desorden en los negocios, que habriamos sido completamente arruinados, sin la generosidad, la inteligencia y el zelo de uno de nuestros vecinos: este era monsieur Mi madre, para seguir varios pleitos, tenia necesidad de dinero: M. de se lo prestó. Hizo á mas de esto todas las demás diligencias; dió todos los pasos necesarios, durante el tiempo de mas de tres años: en fin, salvando algunos restos de la fortuna de mi padre, llegó á asegurarnos una mediana suerte, pero decente. Yo tenia entonces veinte años: una pequeña herencia condujo á mi madre á Paris, llevándome consigo. M. de creyendo sernos útil

„nos acompañó: posamos en casa de una her-
 „mana suya. Poco tiempo despues cayó mi ma-
 „dre enferma de peligro; y muy pronto llegó
 „á los últimos momentos de la vida: entonces,
 „en presencia de M. . . . me habló de los sen-
 „timientos que él tenia por mí, que hasta este
 „instante yo ignoraba, y me significó el deseo
 „de verme corresponder á la aficion de un fiel
 „amigo á quien debiamos tanto reconocimiento.
 „M. de tenia treinta y cuatro años, y era
 „por su nacimiento, sus bienes, y por la consi-
 „deracion de que gozaba, un partido muy ven-
 „tajoso para mí; mas, por otra parte, cuando no
 „hubiera tenido la mas perfecta estimacion de
 „él, me habria sido imposible resistir el último
 „voto de una madre moribunda: iba, pues, á dar
 „á mi madre la última seguridad de lo que de-
 „seaba, y M. de se opuso á ello. No os em-
 „peñeis, me dijo; la piedad filial, en este mo-
 „mento, no os deja ninguna libertad. Madama,
 „vuestra madre nada os prescribe; y si teneis
 „la desgracia de perderla, podeis, sin ningun es-
 „crúpulo, hacer otra eleccion. . . . Cerca de es-
 „te lecho, donde participo de vuestros dolores,
 „os juro una fraternal amistad, y sabré limitar-
 „me á ella, si vuestro corazon en adelante no

„me permite entregarme á otros sentimientos.”
 „M. de no desmintió esta compasiva ge-
 „nerosidad. Murió mi madre, y M. de sin
 „hablarme jamás de su amor, fué mi único pro-
 „tector. Seis semanas pasó, acompañandome á
 „llorar la muerte de mi madre; en seguida par-
 „tió para nuestra provincia, á fin de poner en
 „orden sus negocios y los míos, dejándome en
 „casa de su hermana la condesa de L. . . . viuda,
 „muy rica y jóven todavia, á quien visitaban mu-
 „chas gentes. Nos hallábamnos entonces en to-
 „das las turbulencias de la Fronda, no obstan-
 „te se vivia en París en una perfecta seguri-
 „dad. El pueblo francés, el mas valiente del uni-
 „verso, es tambien el mas benigno y amable;
 „aun su odio no es violento, sino cuando lo pro-
 „duce su amor: solo es implacable con los ene-
 „migos de aquellos á quienes profesa afecto. Su
 „adhesion á los principes, y su entusiasmo por
 „el gran Condé, causaron, sobre todo, su resen-
 „timiento contra el cardenal Mazarino. M. de
 „y la Condesa su hermana, eran del partido de
 „los principes, y así mi opinion se fijó por la
 „que reconocí en ellos. El espíritu de partido,
 „inspirado por una entera confianza de aquellos
 „que amamos, es, acaso, mas ardiente que el

„que se forma conforme á nuestras propias luces; este último puede cambiarse por la reflexión; pero un sentimiento ciego no podrá modificarse porque no ratiocina.”

„Yo veía en casa de la Condesa las mujeres mas bellas de la corte, y los hombres mas célebres, por su talento y por el papel que hacian en el partido de la Fronda: la duquesa de Longueville, madama de Chatillon, madama de Montbazon, el gran Condé, el duque de Nemours, el duque de Beaufort, Fosseuse, Sevigné, Matha, el duque de la Rochefoucauld. La conversacion era siempre animada: *solo se hablaba allí de negocios de estado, de cualquiera edad y sexo que fuesen las personas. Mientras mas ignorancia habia, mas osadamente se decidia* (1). *Nunca se oyeron mas conversaciones de generosidad, sin honor, ni mas bellos discursos, y tan poco juicio: jamás se vieron tantas acciones sin designio, tantos designios sin acciones, tantas empresas sin efectos* (2). Estos movimientos extraordinarios ocupan fuertemente entre tanto que duran aun

(1) Pasage extraido de las memorias de Nemours.

(2) Extracto de las memorias de Rochefoucauld.

„se puede, por falta de reflexión y de experiencia, empeñarse vivamente en los diferentes partidos, con noble y pura intención; pero cuando estas tormentas pasan, no queda mas para los corazones rectos, y los espíritus buenos, que una admiracion mezclada de remordimientos de no haber siempre tenido el mismo desafecto á las sublevaciones que han causado tantos males: sin embargo, se saca de estos acontecimientos un gran bien, que es apreciar la paz y tranquilidad como merecen.”

„Poco tiempo despues de la partida de M. de J. J. me dijo la Condesa, que incesantemente esperaba uno de los parientes de su difunto marido, á quien amaba mucho, aunque fuese Mazarino; y agregó, que me suplicaba le ayudase con todo esfuerzo para empeñarlo en el partido de los principes. Me disongé mucho de verme asociada, en cierto modo, á los asuntos de estado. Esperé con impaciencia á este realista, que se me anunciaba como el hombre mas amable y mas brillante de la corte: se trataba de combatirlo y de ganarlo, y jamás se forman friamente tales proyectos. Yo me prometia mostrarle el mas grande desprecio del Cardenal, y una grande admiracion del

Príncipe (1). Conocía bien que para arrastrar-
 le no bastaría murmurar y elogiar; entreveía
 confusamente que sería necesario también trá-
 tar de agradarle, y me preparaba á ello por
 el bien de la causa: en fin vino; éste era Ben-
 serade, jóven, (no tenía treinta años) lleno de
 gracia, de talento y sensibilidad, aunque ya
 cortesano y hombre á la moda. Desde esta pri-
 mera visita conoçi que habia fijado su atencion
 sobre mí; y el gozo secreto que sentí de es-
 to, lo atribuí á mi zelo por los príncipes, y me
 hice la persona de mi edad mas apasionada del
 partido. Benserade venía á casa de la Con-
 desa con frecuencia; él se ocupaba solo de mí.
 La Condesa no tuvo mucho trabajo en pene-
 trar mis sentimientos, y puso mucho cuidado
 en exaltarlos. Entré perfectamente en sus mi-
 ras políticas, y cuando me entregaba al pla-
 cer de oír á Benserade, cuando expresaba fran-
 camente lo que sentia, y cuando, sin obstácu-
 lo, le manifestaba la preferencia meñes equí-
 voca, creía no trabajar sino por interés de la
 buena causa, y tener la finura y toda la pro-
 fundidad del mas consumado hombre de es-
 tado.

(1) El gran Condé.

La Condesa era de la sociedad de Ma-
 demoiselle (1), en la cual se reunian todos los
 frondistas de la córte; me presentaron á ella;
 la Princesa, prevenida en mi favor, dió á mi
 zelo elogios que acabaron de trastornarme la
 cabeza: imaginé que el mejor medio de justi-
 ficarlos sería seducir enteramente á Benserade:
 habia llegado á persuadirme que la victo-
 ria mas brillante para nuestro partido era la
 conquista de Benserade. En efecto, ¿cómo de-
 jar de creerlo? Benserade tenía una alegría
 encantadora; conversaba con tanto agrado; ha-
 cía tan lindos versos!... habiendo compuesto
 para mí aquel célebre soneto, que originó tan
 grande rivalidad entre él y Voiture; los dos
 sonetos, como es sabido, formaron partidos en
 la córte y en la ciudad; pero unánimemente
 convinieron que tenía mas delicadeza y sensi-
 bilidad el de Benserade. Debía envanecerme
 de este juicio, y mi corazón lo confirmó. Sin
 embargo, Benserade no me habia hablado de

(1) Quiere decir, Señorita; pero dicho así abso-
 lutamente es la hija mayor del hermano, ó del tío
 del Rey; del mismo modo que Madame es la hija
 primogénita del Rey, ó muger de su hermano, quien
 se llama Monsieur.—El Traductor.

„su amor todavía, no nos habíamos encontrado
 „solos: él esperaba una ocasión favorable, que
 „el acaso le procuró muy luego.”
 „Monsieur el príncipe había hecho tomar á
 „sus soldados unas trenzas y lazos de paja, que
 „traían atados al brazo; prontamente todos los
 „frondistas se adornaron con esta especie de
 „distintivo, y como el pueblo insultaba á los que
 „no la llevaban, los realistas no se atrevían á
 „salir á pie por las calles ó paseos públicos, y
 „solo lo ejecutaban en carruage, ó cuando ya
 „empezaba á obscurecer (1). Un día me dijo
 „la Condesa, que Mademoiselle acababa de man-
 „darle una cita para el paseo, donde iría des-
 „pues de comer. Se decidió que yo fuera de la
 „partida; y que esta fuese á pie. Levantándo-
 „me de la mesa, subí á mi cuarto á vestirme,
 „y luego entré á mi gabinete para hacer un
 „ramito de paja, y llevarlo en la cabeza, como
 „el mejor adorno. Me senté delante de una me-
 „sa sobre la cual estaba puesta una canastita
 „llena de trenzas y varitas de paja; en este mo-
 „mento se abrió mi puerta, y vi entrar á Ben-
 „serade. Este día era el de mi fiesta, y Ben-

(1) Memorias de Mademoiselle de Montpensier.

„serade me traía un ramo de rosas. Hincando
 „una rodilla me presentó cuatro versos, que leí
 „rápidamente, y contenían la mas apasionada
 „declaración de amor. Mi agitación fué extre-
 „ma... y pensé que el interés del estado me
 „prescribía no dejar escaparse una ocasión que
 „podía ser decisiva... Despues que acabé de
 „leer, le dije: me parece que no podría recibir
 „y cargar este ramo, sin contraer una especie
 „de empeño. — Ah! exclamó Benserade, no le
 „desprecies!... ¿Qué es necesario hacer para
 „obtener tal dicha? Hablad... Diciendo estas
 „palabras oímos ruido; él se levantó, y al ins-
 „tante mismo entró la Condesa, acompañada de
 „Bouteville, y de Coligny, aquellos dos genero-
 „sos amigos de M. el Príncipe que en otro tiem-
 „po, en una batalla, expusieron su vida y sa-
 „crificaron su libertad por salvar á este héroe.
 „La Condesa venia á buscarme para ir al pa-
 „seo. Benserade, imaginando que delante de tes-
 „tigos no me atreveria á rehusar su ramo, vol-
 „vió á ofrecérmelo: arrebatada del deseo de ob-
 „tener un triunfo brillante, ó por mejor decir,
 „dominada por mi corazón, lo admito, le dije;
 „pero con condicion que acepteis este en cámbio,
 „y vengais al paseo con nosotros; y le pre-

„senté una trensa de paja. Benserade, confuso,
 „me miró con un aire de asombro sin respon-
 „derme. ¿Me desairais? le dije. — Ah! exclamó,
 „puedo hacerlo, si vos acceptais mis flores!...
 „A estas palabras tomé el ramo: Benserade me
 „tendió el brazo, al cual até el cordon de pa-
 „ja. La Condesa, trasportada, me abraza: Bou-
 „teville y Coligny volaron al cuello de Bense-
 „rade, y lo trajimos en nuestra compañía para
 „no dejarlo reflexionar: me dió el brazo,
 „y la Condesa, Bouteville y Coligny caminaron
 „delante. Yo los seguí con un aire triunfante,
 „complacida de mi conquista y de la gloria que
 „acababa de adquirir. Cuando salimos á la ca-
 „lle, conocí una extrema alteracion en el sem-
 „blante de Benserade. ¿Qué teneis? le dije son-
 „riendome. El me miró, apretó mi brazo con-
 „tra el suyo. No preguntéis mi razon, respon-
 „dió, sino leed en mi corazon!... Esta res-
 „puesta me turbó; yo habria podido contestarle
 „con las mismas palabras. Al cabo de algunos mi-
 „nutos entramos en el paseo, y vimos, en medio
 „de la calle principal, una multitud prodigiosa reu-
 „nida en grupo, que aplaudia con entusiasmo gri-
 „tando: *Vivan el Rey y los principes, y mueran los*
 „*Mazarinos!* Nos acercamos, y Frontenac, de la

„compañía de Mademoiselle, distinguiendonos de
 „lejos, vino á decirnos que este gozo tumultua-
 „rio era excitado por Mademoiselle, que se pa-
 „seaba con un abanico en mano, al cual esta-
 „ba atado un ramo de paja, amarrado con una
 „cinta azul cuyo color era distintivo del par-
 „tido (1). El pueblo que nos rodeaba, nos in-
 „vitaba á gritar *mueran los Mazarinos*; como lo
 „hicimos. Benserade se enrogecia y se callaba;
 „yo le reprobé su silencio. Yo quiero de muy
 „buena gana romperlo, me dijo, si os dignais ha-
 „blarme de todo. Me encontré cogida en mis
 „propios lazos. Me fué imposible resistir al amor
 „y la vanidad. Si creis tener necesidad de mas
 „seguridad, repliqué yo, ¿no me habeis enten-
 „dido todavia? A estas palabras tan positivas
 „Benserade, fuera de sí exclamó: *Mueran los*
 „*Mazarinos! Mueran los Mazarinos!*... Esto
 „era responderme. Embriagada de tal suceso,
 „no pensé sino en el efecto que produciría en
 „mis amigos, y en la heroína de la Fronda. Me
 „miraban de una manera tan lisongera; Made-
 „moiselle se sonreía conmigo con un aire de in-

(1) En efecto, Mademoiselle se presentó en el paseo con este ramo, y fué muy aplaudida. Véanse sus memorias.

„teligencia; yo creía hacer un papel tan brillante!... y Benserade no dirigia su vista sino á mí; él estaba feliz, trasportado. No se necesitaba tanto para trastornar la cabeza á una provinciana de veinte años.”

„Mademoiselle solo se paseó media hora; luego que partió, dejamos el paseo para volvernos á casa de la Condesa. Entrando en las calles, Benserade distinguió á uno de sus amigos en coche, que sacando la cabeza por la puerta lo miraba con la mayor sorpresa; él se puso pálido, y bajó los ojos. Y qué! le dije, ¿os arrepentís ya? Ah! respondió, podeis ser premio de una mala accion, vos que debeis ser la recompensa de la virtud! yo no podia obtener vuestro corazon, sino faltando á la fidelidad á mis amigos! Cuando reflexeis en mi conducta ¿os será posible estimarme aún? Estas últimas palabras me hicieron entrar en mí misma, y aplicarlas á mi propia situacion. La memoria de M. de . . . se ofreció á mi imaginacion, y me estremecí. . . . Benserade estuvo un corto rato en casa de la Condesa, y luego que salió corrí á encerrarme en mi cuarto. Allí, echándome sobre una silla, ¡gran Dios! exclamé, ¿qué he hecho? yo he osado dispo-

ner de mí, sin el consentimiento del que fué bienhechor de mi madre y mio, de aquel á quien me dejó por tutor, y me eligió por esposo!... He faltado al reconocimiento, y aun al respeto, al mejor y mas generoso de los hombres! Si no fuera por su delicadeza, ya habria recibido mi fé; en lo interior de mi alma yo me habia dado á él; habia autorizado sus justas esperanzas: él no há amado á otra mujer que á mí; nada lo consolará de mi ingratitude; y en premio de tanta constancia y tantos beneficios, haré su desgracia!... No, no. . . . Sin embargo, Benserade recibió mi palabra; acabo de comprometerlo con la córte y con su partido; ¿cómo podré desdecirme? . . . El teme mis reflexiones; mas ¿cuáles serán las suyas cuando examine mi conducta? En fin, su nacimiento es mas distinguido que el de M. de . . . su fortuna es mucho mas considerable; ¿no creerá que he sacrificado á la ambicion mi primer compromiso, que el reconocimiento y mi respeto á la memoria de mi madre debian hacerme tan caro? Esta última idea fijó mi resolucion: me decidí en el momento á escribirle á Benserade; le conté mi historia con la mas perfecta sinceridad; le confesé que lo ama-

„ba, me acusé de imprudencia y aturdimiento ;
 „pero le declaré con firmeza, que no le reci-
 „biría, sino para oír sus justos reproches, y llo-
 „rar con él, diciéndole un eterno á Dios. Al
 „momento que concluí esta carta, la remití.”

„Cuando se dá un paso honroso, que no se
 „puede retractar sin caer en un profundo envile-
 „cimiento, por penoso que haya sido el sacrificio,
 „no deja ningun arrepentimiento, no solamente
 „porque la conciencia está satisfecha, sino tam-
 „bien porque toda pasion se amortigua con la pér-
 „dida de la esperanza. Por otra parte, yo no ha-
 „bia dado tiempo al amor de tomar un imperio
 „sobre mi corazón, y es siempre fácil vencerlo
 „en su nacimiento: cuando se balancéa, ó se di-
 „fiere, entonces es peligroso. Se apodera menos
 „de los caractéres vivos y decididos, que de los
 „otros. Vino Benserade, empezó á colmarme de
 „reproches, á quejarse con arrebataimiento, y con-
 „cluyó enterneciéndose y cediendo á mis razo-
 „nes. Yo le permití y le aconsejé, que llevase
 „mi carta á la Reina madre; sabia que esta Prin-
 „cesa, lejos de ser vengativa, habia siempre mos-
 „trado generosidad y clemencia; y sobre todo á
 „este bello caracter se debió la reconciliacion
 „sincéra de las facciones enemigas, y la cesacion

„de todas las turbaciones. Benserade desechó mi
 „proposicion, y me protestó, que renunciaba pa-
 „ra siempre á la ambicion, á la córte, al amor,
 „á la felicidad. Hablaba de buena fe en este
 „momento; pero pocos dias despues siguió mi
 „consejo. La Reina leyó mi carta, y perdonó,
 „sin esfuerzo, el error de un momento, de quien
 „el amor era la causa y la escusa. Yo no vol-
 „ví á ver á Benserade, y me casé con M. de . . .
 „que me ha hecho la mas feliz de todas las mu-
 „geres; y si hubiera preferido á Benserade, tan
 „amable y brillante, habria sufrido todo lo que
 „la inconstancia del hombre mas ligero puede
 „hacer padecer de inquietudes, de despecho, y
 „de zelo á una esposa fiel y sensible. Bensera-
 „de habria sido el peor marido del mundo; pe-
 „ro enmendado de sus juveniles errores, es hoy
 „un amigo perfecto. Yo le volví á ver, por pri-
 „mera vez, hace dos años; y le ví con un tier-
 „no interés. Estoy establecida en este lugar, y
 „Benserade lo ha elegido para acabar aquí sus
 „dias cerca de nosotros. Yo puedo, sin avergon-
 „zarme, recordar nuestro primer amor; y nues-
 „tra amistad se fortifica mas, por la memoria
 „misma de él, que la razon tuvo poder para ex-
 „tinguirlo.”

Esta relacion hizo en el corazon de madama de la Valliere la mas dolorosa impresion; ella encontró en la historia de madama de grande semejanza con la suya. Ay de mí! dijo ella á Benserade, que no hubiese yo tenido el valor y la virtud de madama de! Que no hubiese tenido el mismo respeto á la última voluntad de mi madre! El desgraciado marqués de Bragelone viviria aún; seria su esposa, y gustaria ahora la felicidad inestimable, cuya imagen veo en madama de! Poseeria su estimacion, y aun la admiracion del que me sacrifica y ya no me ama!.... No habria soportado todas las penas que despedazan el corazon, que pueden oprimir una alma sensible y elevada, y estaria tranquila sobre el porvenir, que ahora me es imposible mirar sin estremecerme!.... Torrentes de lágrimas interrumpian estos tristes discursos. La infortunada, siempre perseguida por los remordimientos, encontraba en todos los acontecimientos y en todas las circunstancias de la vida, objetos que la herian, y reflexiones que la oprimian. Habia perdido toda esperanza de felicidad y sosiego. Ella conocia, que la alma virtuosa que no ha cumplido su destino, está para siempre de-

dicada á la desgracia; como continuamente lo presenció.

Pasadas las seis semanas volvió á la córte. Luis habia aplaudido públicamente la prueba de amistad que ella acababa de dar á Benserade desgraciado. Este Príncipe era hecho para amar tales acciones. El tuvo, lo mismo que su abuelo, esta grande alma, que en los reyes honra todas las virtudes generosas; y por su aprobacion y su ejemplo acabó de hacerlas nacionales. Madama de la Valliere, llegando á Versailles, supo extrañas noticias. Monsieur de Montespan, despues de vanas tentativas para robar á su muger, habia hecho las escenas públicas mas bizarras y extravagantes, y el Rey acababa de desterrarlo. Esta primera accion tiránica causó mucha admiracion en Versailles, y una grande indignacion en París. Madama de la Valliere sintió entonces un nuevo pesar, y que fué acaso el mas sensible que habia experimentado; el de oír universalmente vituperar al Rey, y con justicia. Olvidaron cuán ridículo era monsieur de Montespan por sus maneras, y poco digno de estimacion por su caracter y conducta; él no fué, á los ojos de todo el mundo, mas que un marido ultrajado, y tratado con indignidad; y to-

dos se enternecieron de su suerte, y no vieron en la víctima del despotismo sino una persona interesante. La Duquesa, afligida, resolvió hablar al Rey. Esta muger, tan débil y tan tímida, cuando se trataba de ella; esta muger, siempre dispuesta á sacrificarse á la voluntad de Luis, no tuvo necesidad de vencerse para hacerle entender la voz de la verdad. Ella encontraba en su corazon, y en el exceso de su amor, todo el valor de que tenia necesidad! Inmediatamente dió cuenta al Rey de todo lo que se pensaba en París sobre el destierro de Mr. de Montespan. El Rey jamás interrumpia á los que le hablaban en particular, por desagradables que fuesen las cosas ó las personas que escuchaba. Este Príncipe, tan imponente en público, no mostraba á solas sino serenidad, dulzura, y una paciencia inalterable. No deseaba entonces sino infundir confianza, y comprender bien. Se podia cualquiera explicar con vivacidad, levantar la voz, contradecirle; todo lo permitia, fuese con el deseo de justificarse de una falsa imputacion, ó con designio de instruirle, ó darle conocimientos útiles. Con intenciones puras y buena fé, seguramente se cautivaba su atencion, se obtenia su

estimacion y una decision favorable (1). El escuchó tranquilamente á madama de la Valliere, y cuando esta acabó de hablar, respondió con embarazo, que él debió castigar la insolencia inaudita de Mr. de Montespan; que no lo habia desterrado, sino por discursos y acciones tan extravagantes, que cualquier otro soberano, en su lugar, habria mostrado mucho mas rigor. Es verdad, replicó la Duquesa, él ha hecho locuras inconcebibles; pero la locura interesa á todo el mundo, cuando la causa un sentimiento de honor, y un amor legitimo.—Mr. de Montespan no és un hombre apreciable, ni está enamorado de su muger; hace tiempo que piensa separarse de ella.—El público ignora esta circunstancia.—¿Qué importan los vanos discursos del público?—Vos sois su Señor; pero él es vuestro juez: vos mismo le habeis dado el derecho de ser severo. Las primeras acciones heroicas de los reyes, lejos de servir de excusa á sus debilidades, son unos garantes para lo futuro; son empeños solemnes, tomados á la faz del universo, para marchar con un paso firme en una via tan gloriosa. Sus virtudes son promesas; y su ejemplo tiene un efecto inimitable de los heroes; el unico objeto de

(1) Memorias de S. Simon y de Bussy.